

Henry de Lubac S.J.

Literatos cristianos: La iglesia

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

No. 28, 1999, oct, pp. 105-107

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

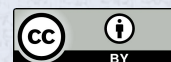
ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

Literatos Cristianos

La Iglesia

Henry de Lubac S.J.

Estamos ahora mejor preparados para comprender qué es la Iglesia. Porque todos los dogmas están unidos. La Iglesia, que es "*Jesucristo esparcido y comunicado*", termina -en la medida en que ello es posible- la obra de reunión espiritual hecha necesaria por el pecado, iniciada con la Encarnación y continuada en el Calvario.

En cierto sentido, esta reunión es ella misma. Y esto significa principalmente el nombre de "*Católica*" con el cual se la llama ya desde el siglo II y que, durante mucho tiempo, tanto en latín como en griego, se consideró como un nombre propio. *καθολικός* en griego clásico, era empleado por los filósofos para indicar una proposición universal: ahora bien, como el universal es un singular, no debe confundirse con una suma. La ige-

sia no es católica porque esté actualmente extendida por toda la superficie de la tierra y cuente con un gran número de adeptos. Era ya católica la mañana de Pentecostés, cuando todos sus miembros ca-bían en una pequeña sala; lo era cuando las olas del arrianismo parecían sumergirla, y lo será mañana si apostasías en masa le hicieran perder todos sus fieles. Esencialmente, la catolicidad no radica en la geografía ni en las cifras. Si bien es cierto que debe extenderse necesariamente en el espacio y manifestarse a los ojos de todos, no por ello su naturaleza es material sino espiritual. Es, ante todo, como la Santidad, algo intrínseco a la Iglesia.

La Iglesia, en cada hombre, se dirige a todo el hombre, abarcándole en toda su naturaleza. "*Se piensa tocar unos órganos ordi-*

narios cuando se toca al hombre. Son órganos en verdad, aunque extraños, cambiantes... (Los que no saben tocar mas que los ordinarios) no realizarían acordes con ellos."

La Iglesia puede tocar estos órganos porque, como Cristo, "sabe lo que hay en el hombre", porque entre el dogma que ella conserva en todo su misterio y la naturaleza humana - plena también de un infinito misterioso -, hay una correspondencia profunda. Así pues, por lo mismo que alcanza el fondo del hombre, la Iglesia puede llegar a todos los hombres y arrancar de ellos sus "acordes". Con la ambición de reunirlos a todos, es capaz de realizarlo. Así lo entendían los grandes apologistas de los primeros siglos, sean cuales fueren las consideraciones geográficas a las que más adelante, cuando se construyó el tratado de las "Notas de la Iglesia", se les concedió una importancia mayor de la debida.

San Ambrosio, al contemplar a la Iglesia, la ve inmensa como el mundo y el cielo mismo, y a Cristo como el sol. Se imagina a todo el *orbis terrarum* contenido en su seno: tiene conciencia de que

todos, cualquiera que sea su origen, raza o condición, están destinados a llegar a ser uno en Cristo, y que la Iglesia constituye desde ahora, en principio, esta unidad. Desde otro punto de vista, una observación análoga se impone sobre Orígenes, Tertuliano y San Agustín. En la expresión: *per orbem terrae ecclesiae latitudo diffusa*, Orígenes expone más bien una exigencia, que surge de su idea de la Iglesia, que una exposición actual efectiva. Más allá de la universalidad actual en extensión, acerca e la cual se equivocaba como tantos otros y que celebraba con fórmulas demasiado oratorias, es todo un universalismo en profundidad lo que describe Tertuliano, y del cual da razón al mostrar su correlación con el alma humana, siempre la misma y siempre "naturalmente cristiana". Paralelamente, había mucho de ilusión en esta frase de San Agustín: "*Chorus Christi iam totus mundus est*". Se trataba, sin embargo, de una visión exacta, no ya del hecho, sino de la naturaleza de la iglesia lo que hacía añadir al gran Doctor: "*Chorus Christi ab oriente ad Occidentem consonant*". Sea cual fuere el número de sus miembros - esta *Catholicae multitudo* tan querida para Agus-

tín -, sea cual fuere la porción de tierra habitada, sobre la que se encuentra implantada, la Iglesia canta el cántico siempre nuevo de la caridad universal: "*Pax, vinculum sanctae societatis, compago spiritualis, aedificium de lapidibus vivis*". Sin ceñirse a ningún lugar, va "*de mar a mar*" para extender este canto "*per universum orbem terrarum*". Agustín reprocha a los donatistas no tanto la débil extensión de su territorio como la pretensión de estar satisfechos con él, de encerrar a la Iglesia "*quasi perditis caeteris gentibus*", y de regular todos sus problemas "*inter afros*". Se trata de su espíritu de secta y de su par-

ticularismo local: "*et nescio quis ponit in Africa fines caritatis!*". Por otra parte, lo que ama y admira en la *Catholica*, en la *Unica Catholica*, es más que un simple universalismo abierto a todos sin excluir a nadie - "*ad ultimas gentes crescendo porrigitur*" -, el "*nexo de paz*", la cohesión que establece allí donde se extiende. Según toda la fuerza etimológica de la palabra forma un Todo con los seres que reúne. La humanidad es una, una orgánicamente por su estructura divina, y la Iglesia tiene la misión de revelar la unidad nativa a los hombres que la han perdido, así como restaurarla y terminarla.